

IV

MISERICORDIAS

— Ya está todo limpito y ordenado. Ahora puede venir la señora cuando guste. ¡Ajá! Esto ya es otra cosa. Pues si me descuido, todo lo encuentra desarreglado, porque ya está allí, junto á la esquina de la plaza. Me da como vergüenza hablar con una señora tan lista y que se explica tan bien. ¡Como que la llaman en el pueblo la *Doctora!* Ya ha entrado en el zaguán.

— ¿Da usted permiso?

— Adelante. Dispense usted, señora, este desarreglo. ¡Jesús! Todo está por medio. Como no sabía que iba usted á honrar esta pobre choza... Siéntese usted aquí, que esa silla la han roto los chicos.

— ¿Tiene usted muchos?

— Cinco, señora. Cinco como cinco fieras: Pe-

pito, de diez años; Luisito, de ocho; Felipe, de cinco, que ahora mismo acaba de descalabrarse...

— ¡Pobrecillo! ¿Se ha hecho mucho daño?

— ¡Cá, no señora! Cuando se caen los chicos, se ablanda el suelo.

— Es que encuentran siempre debajo el corazón de las madres. ¿Y hay más chiquitines?

— Tengo á Benita que cuenta tres añazos y está hecha una rosa, y á éste que nació por la trilla, hará cinco meses.

— ¡Qué hermoso está!

— Y por si eran pocos, mi marido recogió á Nicanor, un guapo mozo de catorce años, á quien usted habrá visto y que le sirve ya de oficial. Los pobres nos compadecemos mucho de los huérfanos, y Juanillo se lo encontró en una carretera de Salamanca, recién nacido y envuelto en unos trapos.

— ¡Qué corazones hay tan duros!

— Como no teníamos entonces ninguno, le traje á casa, y no sabe usted el trabajo que nos costó el criarle con una cabra que compramos. Pero el chico era fuerte como un roble y está hecho un pino de oro. No sabe usted lo que nos quiere y nos ayuda á todos. ¿Y usted, no tiene niños?

— ¡Ay, no! Y crea usted que es para mí una pena muy grande.

— Sí que debe serlo.

— No lo sabe usted bien. Cuando se ve al espejo la primera capa, cuando todas las ilusiones comienzan á desvanecerse, es cuando se encuentra el hogar más frío, las habitaciones más solitarias, el corazón más yerto. Se siente entonces que se es una excepción en el mundo, que pesa sobre la frente algo como una funesta maldición, y en las tardes interminables, en las noches largas de insomnio y de llanto, en las mañanas nebulosas en que azota los cristales la lluvia, se daría la felicidad, la salud, la vida misma, por llenar aquel corazón destrozado de afectos puros y aquellas habitaciones desiertas de charloteos.

— No llore usted. ¡Quién sabe si todavía...!

— No. Conozco que pesa sobre mí algo como la sanción de una culpa. Y lo más terrible es que estas congojas no se pueden decir sino á las madres, porque todas las gentes se mofan de un dolor que suponen que inspira el vicio, porque hay un no sé qué de degradante en la mujer infecunda que la hace para todos despreciable ó ridícula. ¿Sabe usted á lo que he venido? A entregar á ustedes un pequeño socorro de una persona que oculta su nombre y á encargar trabajo á su marido de usted.

— ¡Tanta bondad, señora!

— Pero, en realidad, á ver de cerca á todos esos niños á quienes he contemplado sólo de lejos, asidos á las faldas de usted, subidos en sus brazos,

rodeándole como á una palmera un macizo de hie-
dras; á recrearme en mi propia angustia ante la
dicha ajena; á mirar estas habitaciones revueltas,
desordenadas, en que están impresas las huellas
de la vida que renace y palpita; á mirar las carti-
llas deshojadas, los rotos juguetes, los vestiditos
colgados en la percha, tibios y perfumados, con
sus tiernos dobleces, esperando las carnes de rosa
que los han de animar.

— ¡Vaya, no lllore usted!

— Usted se reirá de todo esto; pero yo necesi-
taba confiar á alguien todas mis penas y usted no
sabe lo triste y lo sola que me encuentro en aque-
lla granja, tan grande, tan desierta, mirando
aquellos paseos enarenados que no ha de recorrer
ningún niño, aquellas praderas solitarias que no
ha de animar risa alguna, aquellos frutos caídos
al pie de los árboles que esperan en vano unos
dientecitos blancos y menudos. Ríase usted de mí;
soy una loca. Yo misma me avergüenzo de mi lo-
cura. Pero al escucharme hace usted una verda-
dera obra de misericordia.

— ¡Reirme yo, señora! ¡Qué me he de reír!
Pero ¡si todo eso que está usted diciendo me pa-
rece muy grande y muy noble y muy santo! Yo
soy una pobre aldeana y no sé explicarme, pero...
¿quiere usted tenerme un momento el chico?

— ¡Ah, sí, gracias!

— Téngale usted, mientras voy por los otros.

Quiero que vea usted que la comprendo, que he
sentido el golpe de sus pesares aquí dentro, muy
dentro de mi corazón. ¡Vamos á columpiar al
niño, que ya cierra sus párpados de rosa. ¡Duér-
mete, niño mío! ¡Ea, ea, ea!

■■■■■■■■■■

DE CÓMO NO DUERME UN ASCETA

«Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrestres, que son simplicidad y pureza. Ninguna obra se te impedirá si de dentro estuvieres libre de todo desordenado deseo. No pienses ni busques sino el divino beneplácito, y así has de ser libre.»

Cerró el libro y, apoyando los codos en la mesa, escondió en las manos la frente.

El lecho estaba intacto, y sobre la mesa, los desordenados papeles denotaban una febril é inquieta vigilia. En las blancas paredes del cuarto, ornadas solamente con un crucifijo de roble, proyectaba su luz el sol. El canto de los pájaros, la atmósfera embalsamada y tibia anunciaban un día caluroso y espléndido. En aquella celda de cenobita, alhajada con muy escasos y modestos muebles, todo hubiera parecido riente, sin aquella figura austera, muda, inmóvil como si en ella la

vida hubiera quedado en suspenso, como esos horarios de piedra de los palacios abandonados, cuyas inmóviles agujas parecen señalar un solo momento en la eternidad.

Levantó por fin la cabeza y en los hinchados párpados brillaron dos lágrimas. ¿En qué pensaba entonces aquel hombre arrojado por la fatalidad en la soledad más absoluta? ¿En el amor? ¿En la venganza? ¿En la muerte? No, sino en el deber y en el sacrificio. Él se sentía fuerte. Sabría apurar hasta la última gota la copa amarga, subir hasta la cumbre el penoso y miserable calvario, padecer la crucifixión misma, para poder después, arrojando sobre el mundo una mirada amorosa, decir con sus cárdenos labios al doblar su cabeza dolorida: *¡Todo por fin se consumó!*

El insomnio, la angustia, el llanto, no eran, no, producidos, así al menos lo imaginaba, por pasión alguna terrena. Era el temor de no poder realizar el sacrificio, de no encontrarse digno del modelo augusto que pensaba imitar. Él había tomado su cruz y había seguido al Hijo del hombre y quería seguirle hasta el fin. Pero el dolor le despedazaba y le causaba profundo horror la idea de que su mordedura pudiera hacerle desfallecer y separarle para siempre del verdadero, del glorioso, del único camino.

Él había acariciado en algún tiempo otra idea invencible, otro propósito del cual creyó que nada

podría separarle. Buscar á aquella mujer, acercarse á ella, mirarla frente á frente, al fondo mismo de las pupilas y leer allí, en lo más hondo, el amor ó la felonía. Si lo primero, él habría sentido en su pecho el golpe que hizo encenderse el sol en el caos y con otra mirada, más honda, más ávida, más ardiente, hubiera tomado posesión de ella, en nombre de su voluntad sola y única. ¿Qué le importaban los lazos humanos? Él los hubiera roto. ¿Quién hubiera osado oponerse á su albedrío gigante? Todo obstáculo hubiera caído por sí mismo, hecho polvo, como en las islas volcánicas se desploman los edificios más incommovibles al hervor de la lava.

Y, si en aquella mirada hubiera leído traición ó desprecio; ¡con qué embriaguez, con qué júbilo criminal la hubiera dado muerte, viendo dilatarse con horror aquellas pupilas hechas para mirarle á él solo, oprimiendo aquella nívea y tersa garganta formada para aspirar su ardoroso aliento! Entonces hubiese sentido el secreto enlace del *orcus* y el *amorcus*, del amor y la muerte. La vida es un beso macabro que comienza la madre y acaba el gusano; y ese gusano también morirá, porque el amor circula en sus anillos. La muerte es el último simbolismo del amor. Se muere por eso: porque se ama. Satanás, que no amará nunca, no puede morir.

Pero después le asaltó una idea, grande, imprevisible, inaudita, digna de su inextinguible pasión.

No bastaba matar á aquella mujer ni poseerla. Con la muerte cesaba la posesión y, á más, la posesión no podía ser ni completa ni permanente. Era preciso poseerla pura, inmaculada y por la eternidad de los siglos. Para esto precisaba hacerse inmortal, escalar el empíreo, alcanzar el perdón de la culpable y allí purificada, redenta, unirse á ella en el espasmo infinito, en el amor inefable que nunca se agota. Ante aquella pasión, había de conmoverse el cielo mismo. A la dicha de un día debía suceder la del tiempo que ya no se cuenta ni mide; á la sacudida brutal de la materia, la vibración etérea del espíritu en consorcio ideal con la forma; al beso insaciable de un momento, el beso, místico y carnal á la vez, que hace conmoverse á los átomos y que allá, en las sublimidades de lo ignoto, en las entrañas de lo absoluto eterno, engendra la vida.

Y así entrevió él el cielo: como la dicha, que era para él la posesión. Apóstoles, ascetas, místicos, solitarios, no os estremezcáis en vuestras tumbas. El hombre sólo imagina lo que conoce; sólo proyecta lo que imagina; sólo sueña lo que desea. Así desde el primer patriarca, cielo es lo que nosotros queremos.

Desde entonces sólo tuvo una idea fija: ser perfecto. Y allí buscó la perfección, donde le había sido mostrada. Ya no era nada para él la tierra, ni aquella mujer misma, débil sombra de la que

esperaba alcanzar. Y se hizo sacerdote. Jamás, en las gradas del templo, se vió fervor más grande, desligamiento más total de todo lo humano. Nunca ante el ara palpité un corazón más puro, se rindió un tan fervoroso holocausto á la Divinidad. Ante la necesidad del medio, se olvidaba aparentemente el fin mismo. La perfección, la beatitud. Esto era lo preciso. Para conseguirla, la miseria, la humillación, la castidad, la obediencia, la abnegación, el martirio, todo sin medida, sin límite, sin esperanza inmediata de recompensa.

Leed á los ascetas y encontraréis en el fondo aspiración idéntica. Siempre es un algo personal, subjetivo, que se agranda, se objetiva, se universaliza, y extiende por encima del mundo y de los seres. Nadie condene á mi protagonista sin poner la mano antes sobre su corazón.

Y he aquí que, de pronto, aquella mujer se presentaba en su camino á frustrar todas sus esperanzas, á malograr su plan gigantesco. No; él no la deseaba ya impura, mancillada por otro amor; no quería tampoco matarla para verla por siempre imposible. Postrada á sus plantas, la hubiera apartado con el pie. Él quería no más ser perfecto. Lo demás ya se le daría por añadidura.

¡Ah qué agitación, qué intensa lucha, qué tremendo é inconcebible martirio! Su resolución estaba tomada: vencería.

El sol avanzaba, avanzaba formando en la ha-

bitación un rectángulo cubierto por una leve columna de polvillo azulado. Así invadió la mesa de pino, el sillón de cuero, el estante de libros, y, por fin, el rostro de César, amaratado por la vigilia y la lucha interior.

Se incorporó; levantóse y llamó junto á la puerta con voz clara y serena.

— ¡Nila!

¿Era Nila quien allí se mostraba? Limpia, aseada, con ademán tranquilo y dulce, nadie hubiera reconocido en ella á la mendiga acosada por la barbarie popular días antes, á no ser en su vaga mirada y en su expresión incoherente.

Miraba á César con una expresión de reconocimiento é inmensa gratitud y, desde el primer día, le obedecía como un perro.

— Mi sombrero y mi libro de oraciones.

— ¿Sale?

En su trastorno cerebral, Petronila hablaba siempre á su amo en tercera persona, pero sin más aditamento en la frase.

— Sí, y tardaré en volver. Tengo que visitar al párroco de Fuente Honda. Así, prepara la comida para ti sola.

Nila asintió con la cabeza. Por un fenómeno observado frecuentemente y de que pueden dar fe no pocos profesores de la Salpêtrière, aquella mujer, incapaz de coordinar dos ideas seguidas y completas, desempeñaba á maravilla las faenas domés-

ticas. Su enfermedad residía en la voluntad y revestía formas de monomanía accidental.

— Cuide ¿sabe? de no ir por abajo. El camino... ¡Allí llora!

— Bien, Nila, bien. No temas. No voy solo, é invoco siempre la protección y la ayuda de Dios.

— ¿Y si canta?

— ¿Quién?

— El autillo...

— No temas. Es de día; y, en todo caso, haré la señal de la cruz.

Salió el sacerdote; santiguóse rápidamente la loca y á los pocos momentos sólo se oía en la habitación un vago murmullo, una indescifrable canturía con que Nila, sentada en el rincón más oscuro, adormía á un niño imaginario.

■■■■■■■■■■